

PERFIL

Rodrigo Fresán



DAVID FOSTER WALLACE

1962-2008

# ESTO NO ES UNA NECROLÓGICA

Después de escribir dos novelas, tres volúmenes de relatos, cinco libros de ensayos y algunas de las crónicas más notables del periodismo norteamericano, David Foster Wallace se ahorcó en su casa de Claremont, California, el pasado 12 de septiembre. Rodrigo Fresán recuerda a este autor potente e inclasificable, acaso el escritor más brillante de una generación desencantada.

**NO.** Hay algo de paradójicamente triste –más allá y muy por debajo de la tristeza sin atenuantes ni gracia alguna– en contar con tan poco espacio para escribir sobre el inmenso, expansivo e inconmensurable David Foster Wallace. Si hubiera algo de justicia espacio/temporal en este mundo,

su necrológica debería –correspondiendo a su estilo y estética– ocupar por lo menos toda esta revista y estar bordada con numerosas y exhaustivas notas al pie.

Pero no.

Seamos breves: el pasado viernes 12 de septiembre el escritor norteamericano David Foster Wallace (Ithaca, Nueva York, 1962) tomó la decisión de quitarse la vida (aquí debería insertarse una nota al pie explicando en detalle la historia y los diferentes modos de anudar una soga para ahorcarse) y su cuerpo fue encontrado esa noche por su mujer en su domicilio de Claremont, California. Los que lo conocían mucho o bien no parecen haberse sentido muy sorprendidos por la mala noticia.

Buena noticia: esto no pretende ni quiere ser una necrológica. Esto quiere –y espera ser– una contratapa sobre una de las obras más vivas y seguramente perdurables de la literatura contemporánea Made in USA.

**DOS.** Me enteré de la muerte de Wallace mientras terminaba de leer *Bridge of Sighs*, la nueva novela de Richard Russo. No creo que entre las muchas necrológicas dedicadas en estos días a Wallace vaya a haber una que mencione a Richard Russo junto a su nombre. Pero –ya lo advertí– esto no es una necrológica. Y no se me hace difícil relacionar a uno y otro escritor. Me explico: Wallace y Russo –cada uno a su manera y desde las antípodas de sus escritorios pero, por lo general, con generoso volumen de páginas y talento– cuentan lo mismo: la desintegración de Estados Unidos desde la entropía de familias atrapadas en pueblos pequeños o en los inmensos infiernos de estructuras corporativas más o menos eficaces.

De este modo *Bridge of Sighs* –con su cálido costumbrismo y su lóbrega picaresca– está mucho más cerca de lo que parece de *La broma infinita*, *magnum opus* (1,079 páginas en mi primera edición americana de 1996, igual número en la reedición subsanando erratas del 2006 y con prólogo de Dave Eggers) por la que Wallace fue celebrado en vida y ahora evocado en la muerte.

**TRES.** “¿Es David Foster Wallace, como algunos creen, el escritor más importante de su generación? Está claro que cuenta con la combinación necesaria de intelecto, talento y ambición en cantidades extravagantes”, se preguntaba primero y se respondía a medias la entrada que le dedicó *Salon.com Reader’s Guide to Contemporary Authors* (Penguin, 2000). Y

ahí –voluntaria o involuntariamente– estaba todo el dilema y el enigma. La campaña de lanzamiento de *La broma infinita* fue casi similar a la que se dedica a vender a un presidente. Campaña bestial de publicidad y *marketing* para un libro que descendía directamente de títulos como *Los reconocimientos* de William Gaddis, *El arco iris de gravedad* de Thomas Pynchon, *El túnel* de William Gass y –antes que nada y nadie– del *Tristram Shandy* de Lawrence Sterne, del *Moby-Dick* de Herman Melville, de *El hombre sin atributos* de Robert Musil y de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust.

Así, *La broma infinita* gozó y padeció de una enorme atención mediática y mereció ese particular tratamiento que recibe toda Novela King Kong: el de ser adorada por nativos y celebrada por turistas a la vez que se la abate.

Los turistas dijeron primero “ohhhh” y después “aaaagh”.

Los nativos, claro, eran aquellos que venían siguiendo a Wallace desde antes, desde su debut novelístico, *The Broom of the System* (de 1987, que continúa inédito en castellano como el tratado *Signifying Rappers: Rap and Race in the Urban Present*, 1990, escrito con Mark Costello; el resto ha sido publicado por Mondadori), y desde los relatos o microrrelatos reunidos en *La chica del pelo raro* (1989); sus formidables ensayos y artículos periodísticos (para muchos lo mejor y lo más influyente y trascendental de su obra) no demorarían en ser reunidos primero en *Algo supuestamente divertido que no volveré a hacer* (1997) y luego en *Hablemos de langostas* (2005).

Pero *La broma infinita* fue y sigue siendo uno de esos momentos clave dentro del panorama literario que no es otra cosa que –como la novela de Wallace– el constante eco de un chiste sin final proyectándose hacia el abismo: la vieja y eterna discusión –a eso se refiere Eggers en su introducción– de *difícil versus fácil* y todo eso. De ahí que no tardaran en aparecer *sites* de internet enteramente lanzados a la decodificación de la novela, guías de lectura completamente dedicadas a la explicación y simplificación de los múltiples vericuetos del monstruo, y abundaran las polémicas en los medios y *vernissages* en cuanto a si Wallace era inventivo o, apenas, un invento. Y fueron muchos y demasiados lo que se olvidaron de decir lo más fácil de decir: que la formidable saga casi futurista estaba muy pero muy bien escrita y que abundaba en momentos emocionantes y sensibles, acercando a Wallace a las tierras de Salinger y Vonnegut, a la vez que lo consagraban como el mejor estilista y escritor satírico de su generación, junto a Bret Easton Ellis, el *american psycho*. Y que –tal vez lo más importante de todo para algunos– *La broma infinita* había sido, seguramente, un libro difícil (entendiendo por *dificultad* la entrega que le había exigido a su autor) de escribir pero fácil (entendiendo por *facilidad* el placer que obsequiaba a su lector) de leer.

En una entrevista, Wallace –sobrevivido hoy por colegas y amigos en la misma brecha como Rick Moody, William T. Vollmann o Richard Powers– explicó sus intenciones con sintética claridad: “Yo tuve un profesor que me caía muy

bien y que aseguraba que la tarea de la buena escritura era la de darle calma a los perturbados y perturbar a los que están calmados.”

Misión cumplida entonces.

**CUATRO.** Luego de *La broma infinita*, la situación de Wallace se complicó para todos aquellos complicadores que lo consideraban nada más que un complicado.

Algunos reseñistas de los relatos de *Entrevistas con hombres repulsivos* (1999) y *Extinción* (2004) aprovecharon la turbia oportunidad para intentar ser tan graciosos como Wallace sin conseguirlo. “Citaría aquí alguna oración de algún relato de *Extinción*, pero no me quedaría espacio suficiente para el resto de la crítica”, escribió en su momento el encargado de la sección de libros de *The Seattle Times*. El revulsivo ensayista y crítico Dale Peck afirmó que lo que en realidad mostraba Wallace con su prosa —lo que más o menos inconscientemente expresaba— eran “sus ganas de ser sodomizado”. Otro, de *The Miami Herald*, más cauto pero igualmente espantado, aseguró que “pocas veces ha existido un escritor que desprecie más a los lectores”. Un tercero, en *Harper’s*, concluyó con cierta preocupación que “Wallace está en su derecho de escribir un gran libro que sólo gente como él pueda entender. Me gusta pensar que yo soy uno de ellos, pero no tengo la menor idea de cómo convencerlos a ustedes de que también son parte de ellos; y tampoco, me parece, sabe cómo hacerlo Wallace”.

Bromas finitas.

Y quien ríe al último ríe mejor y una de las últimas “bromas” de Wallace fue la publicación —en 2003, en una colección científica, otro libro suyo que no se tradujo porque posiblemente sea imposible de traducir— de *Everything and More*, subtítulo irónicamente como *Una historia compacta del infinito*, y cuya meta es, en apenas poco más de trescientas páginas rebosantes de fórmulas y gráficos, exactamente eso: hacer la historia de la idea de lo incesante, de lo que no termina, de lo que no puede acabarse. En la contraportada, James Gleick lo celebraba con un “Wallace + lo infinito: ¡maravillosa pareja!” Y agregaba aquello que muy pocos críticos supieron escribir o poner por escrito porque, tal vez, no podían o no querían verlo: “Esta es la más exquisita (e hilarante) ensayística científica. Wallace abraza la incompatibilidad de las matemáticas y la prosa y extrae arte de ella. Y, también, cuenta una gran historia.”

Parafraseando a Gleick, Wallace abrazó en sus ficciones y no ficciones la supuesta compatibilidad entre el cerebro y el corazón.

Y nos regaló grandes historias.

**CINCO.** Y en ocasiones la muerte de los escritores resucita a los libros. Descubro —mientras escribo esto— que, en el ranking de la librería virtual Amazon, *La broma infinita* (no es broma, aunque tiene su gracia) ha trepado hasta el puesto número 16 de los libros más vendidos.

Buena noticia resultante de una mala noticia y, cabe pensarlo, a Wallace le habría divertido: El Año del Escritor Suicida, etcétera.

Pero —más vale tarde que nunca— bienvenidos sean aquellos que recién llegan a esta broma y a ver cuántos perseveran hasta el final de una gran novela, ahora seducidos por el impacto mediático del *The End* trágico de una breve vida.

Lo mejor, pienso, es no pensar —o intentar no pensar— en su triste remate.

Ahí está —mejor— lo que Wallace escribió sobre los relatos de Kafka en *Hablemos de langostas*. Los definió como una “especie de puerta” y nos propuso “que nos imaginemos acercándonos y llamando a esa puerta, cada vez más fuerte, llamando y llamando, no sólo deseando que nos dejen entrar sino también necesiéndolo; no sabemos qué es pero lo sentimos, esa desesperación por entrar, por llamar y dar porrazos y patadas. Y que por fin esa puerta se abre... y se abre *hacia fuera*: que durante todo el tiempo ya estábamos dentro de lo que queríamos”.

Pasen adonde ya estaban y lean y sigan leyendo.

Esto no es una necrológica. —

### Bibliografía de David Foster Wallace

Publicó las novelas *The Broom of the System* (Viking, 1987) e *Infinite Jest* (Little, Brown, 1996), traducida al español por Mondadori bajo el título *La broma infinita* (2002).

También publicó tres libros de cuentos: *Girl with Curious Hair* (W.W. Norton, 1989; traducida al español como *La niña del pelo raro*, Mondadori, 2000); *Brief Interviews with Hideous Men* (Little, Brown, 1999; *Entrevistas breves con hombres repulsivos*, Mondadori, 2001) y *Oblivion: Stories* (Little, Brown, 2004; *Extinción*, Mondadori, 2005).

Reunió sus ensayos en los libros *Signifying Rappers: Rap and Race In the Urban Present* (Ecco Press, 1990), en coautoría con Mark Costello; *A Supposedly Fun Thing I'll Never Do Again* (Little, Brown, 1997; traducido al español como *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer*, Mondadori, 2001); *Everything and More: A Compact History of Infinity* (2003); y *Consider the Lobster* (Little, Brown, 2005; *Hablemos de langostas*, Mondadori, 2007).

El último libro que publicó en vida fue un trabajo periodístico titulado *McCain's Promise: Aboard the Straight Talk Express with John McCain and a Whole Bunch of Actual Reporters, Thinking About Hope* (Little, Brown, 2008), publicado previamente en la revista *Rolling Stone* con el título “Up, Simba” (2002). —